

SOLA...

Ernesto Martinchuk



# Capítulo 1

Allí estaba. Muerta, en medio de la calle. Con su cuerpo y su rostro horrorosamente convulsionados y cubierto por un sucio papel de diario. El destino, le había jugado una mala pasada. Ella, siempre tan suave y fina. Con esas manos blancas y transparentes acariciando su cabello azabache, como si hubiera querido constantemente enmarcarse para el futuro. Con esa mirada lejana en continua pose para un fotógrafo invisible.

Con sus movimientos lentos y acompasados que la convertían casi en una sombra. En la sombra de su estudiada vida. Ella, que deseó y esperó siempre gozar su propia muerte. Que tantas veces la imaginó rodeada de misterios. Con esas palabras y recomendaciones en su voz baja que vuelven solemne y conmovedor ese momento de lámparas a media luz, de remedios amargos y amarillos, de lágrimas contenidas y de largos, largos suspiros.

Tenía planeados todos los detalles, lo que diría a cada uno, los gestos con que rehusaría las palabras de consuelo, la matriz de dolor que más le sentaba, el tono de luz que más le convenía, la mirada oscura con que iría consumiéndose... Porque eso era.

Ella esperaba consumirse como una vela de cera. Había dejado escapar la frase entre algunos conocidos. Como había preparado, también, los comentarios que se haría durante su velatorio. Un velatorio sin flores, con un ataúd blanco y delgado en medio de su sala de estudio. Cuatro cirios esparciendo su luz mortecina sobre su rostro de ojos entrecerrados, sus manos cruzadas sobre el pecho y su cabello negro cuidadosamente revuelto.

Sentía, realmente, que en aquel momento no le sería dado oír los comentarios sobre su belleza. Porque ella estaría bella. Con la majestad de los que mueren conscientes de ese encanto particular que han cultivado y explotado en vida.

Su vida había sido eso: la constante explotación de un tipo perfectamente ideado conforme a la imagen de una mujer fracasada en su destino de gran mujer y esperaba que se dijera de ella:

-¡Qué mujer admirable había sido si no la hubiera envuelto siempre esa inmensa tristeza!

-¡Una gran melancolía pudo más que ella, siempre tan fina, tan espiritual, pero tan débil!

Con gran cuidado había cimentado su fama de mujer débil. Nunca un movimiento brusco, una palabra demasiado fuerte, un gesto inoportuno

que revelara autoridad. Era, constantemente, un cuaderno pasado en limpio. A veces hablaba de sus aspiraciones que terminaban siempre en un suspiro. En vano le decían –que bien sabía ella que lo harían- que no pensara de esa manera, que era capaz de realizar grandes cosas, que tenía la obligación de hacerlo. Entonces, volvía a suspirar, con la mirada triste y vaga en el continente azul de sus nostalgias, seguía fiel a su destino de mujer triste. Tal sólo sus frases lentas y prolongadas eran siempre como el dictado a un futuro biógrafo. Lo había dicho una vez:

-Las mujeres fracasadas debiéramos, también, tener nuestra biografía.

Alguien que estaba a su lado pensó:

-Escrita en un pañuelo. Y no lo dijo porque observó en ese momento que en un gesto menudo y notoriamente inadvertido, ella estrujaba uno de hilo blanco entre sus manos.

Cada uno de sus movimientos perseguía siempre un fin y jamás desperdició un minuto de esa continua pose para el infinito...

Ahora es, taba muerta en medio de la calle. Lo imprevisto la hirió mortalmente en su primer golpe. Precisamente a ella. A quien más horrorizó esa palabra. Se diría que la vida se vengó en esa forma de la que había hecho de ella un complicado escenario para un estudiado personaje.

Después de varias horas tendida en el asfalto, y ante la mirada de los curiosos, la llevaron a la morgue. El empleado que la recibió dijo:

-Y ésta, ¿quién es?

-¡Y yo qué sé!...Una atropellada, una loca, una descuidada que no estuvo atenta ni para cruzar la calle.

Y la dejaron sola. Por primera vez verdaderamente sola. Con todo lo que tiene de profunda tristeza un cadáver deshecho sobre una losa de mármol frío...